

La visión de la realidad española en la obra de John H. Elliott

A mediados de los años cincuenta llegó a España un joven investigador inglés deseoso de profundizar en la psicología de un personaje cuya figura le había interesado extraordinariamente: D. Gaspar de Guzmán, tercer conde de Olivares, creado después primer duque de Sanlúcar la Mayor. El mismo ha referido cómo le sugestionó la fuerza interior, la sensación de poder que emana del retrato ecuestre del Museo del Prado que lo representa, cual un Santiago laico, en actitud de arrollar a todos los enemigos de la monarquía hispana.

Mi primer contacto con Elliott fue en Simancas, donde a la sazón trabajaban también Henry Lapeyre y otros eminentes hispanistas extranjeros. El y yo éramos primerizos en aquel enorme reservorio documental que custodia los secretos diplomáticos concernientes a toda Europa. Corrían aires de renovación para la ciencia histórica; en 1948 Américo Castro había dado a luz *España en su Historia*, con criterios de sorprendente novedad, pues era la primera historia nacional escrita con arreglo al modelo que hoy denominamos *Historia de las mentalidades*. En 1950 se había celebrado el IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas, donde se había celebrado

el IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas, donde se había hecho una crítica de la historia político-institucional entonces en boga y se había patrocinado un acercamiento a las zonas más profundas, una exploración de capas ignoradas o descuidadas; un avance hacia lo que después se ha llamado *Historia total*. De allí traería Jaime Vicens Vives la idea, el plan de una Historia Social y Económica de España y América que rompiera con los viejos moldes.

Elliott y yo compartíamos la misma mesa y nos interesábamos por la misma época, aunque nuestros planteamientos fueran distintos; yo pretendía calar en la significación profunda del reinado de Felipe IV a través de la documentación económica y hacendística de aquel reinado. Elliott, que ya había hecho una larga estancia en Cataluña, seguía reuniendo datos sobre los antecedentes de la sublevación de 1640, que fue «el principio del fin» para los planes mundiales de los Habsburgos. Yo publiqué *Política y Hacienda de Felipe IV* en 1960. Elliott, cuyos métodos de trabajo son mucho más minuciosos que los míos, siguió completando su documentación y tardó aún tres años en ofrecernos su *Revolución de los catalanes*. Al mismo tiempo se publicaba y traducía su *España Imperial*, que inmediatamente obtuvo un gran éxito como la mejor síntesis de la Edad Moderna española desde los Reyes Católicos hasta el advenimiento de los Borbones. A estos libros han seguido otros, no muchos, porque Elliott trabaja despacio, no por flema británica, sino por su afán de comprobar, completar, corregir y pulir hasta el último detalle, lo que convierte a cada uno de sus libros en una obra maestra.

¿Que podría yo decir en pocas páginas del inmenso caudal de datos y observaciones que en esos libros se encierra? Evidentemente, muy poco, pero procuraré que ese poco encierre lo más esencial. Ante todo, que Elliott no ha sido nunca prisionero de un esquema ni adepto de una determinada escuela. Inaccesible a los caprichos de la moda (porque los historiadores también rendimos tributo a la moda), no ha creído nunca que la historia política sea algo superado, una opinión inaceptable que hoy, afortunadamente, está en regresión. Tampoco ha creído en otro dogma emparentado con el anterior: que la biografía sea un género más bien literario que plenamente histórico, puesto que la historia es, por definición, colectiva. Elliott no se ha detenido en descubrir el paralo-

gismo que encierra esta aparente verdad; como el movimiento se demuestra andando, él ha mostrado cómo puede articularse un relato, cómo puede reconstruirse el ambiente de toda una generación tomando como ejes a dos personalidades de excepción.

Gracias a esa postura antidogmática la obra histórica de Elliott se distingue por un equilibrio armonioso entre el relato de la política interior y la exterior: entre las apariencias brillantes o trágicas y las realidades profundas; entre el lento fluir de las estructuras y la superficie agitada de la historia episódica. Ha conseguido, sobre todo en *La España imperial*, relatos homogéneos y coherentes donde se combinan sin mezclarse hechos culturales, políticos, sociales, distinguiendo rangos, estableciendo conexiones; algo cuyo mérito sólo puede apreciar quien ha ensayado tan difícil síntesis.

Elliott ha abordado la realidad social española desde distintos ángulos, como corresponde a su variedad interna. Ya es indiscutible mérito que iniciara esa aproximación desde una región periférica, desde Cataluña, rompiendo con el habitual *castellanocentrismo* que falsea tantas perspectivas. Su *Revolución de los catalanes* no es la crónica de una larga y devastadora contienda, sino el examen de sus causas basado en la descripción de la sociedad catalana de aquel tiempo. Una sociedad que contrasta enormemente con la imagen hoy habitual de Cataluña; su lectura es el mejor antídoto contra el cliché habitual de los estereotipos nacionales, porque el catalán de principios del siglo XVII poco tiene que ver con el de la Cataluña contemporánea. Era aquella una sociedad arcaizante, refractaria al cambio, anclada en unas instituciones desfasadas y oligárquicas a las que la añoranza posterior ha intentado revestir de un barniz democrático; una sociedad que, sin ser estrictamente feudal, era la que más herencia feudal conservaba en toda España, con señores que tenían clientelas armadas, prisiones particulares, que pronunciaban y ejecutaban sentencias capitales, ricas abadías dominadas por abades comendatarios que se resistían a los propósitos reales de reforma. La situación era especialmente tensa en la Vieja Cataluña, en las zonas pirenaicas, muy amenazadas por la vecindad de los calvinistas franceses. Tierras duras donde se perseguían y quemaban brujas, no por el Santo Oficio, sino por la justicia civil. Zona predilecta del célebre bandolerismo

catalán, que mezclaba los odios personales y las rivalidades de clanes con la delincuencia común.

Por supuesto, no todo era negativo en la Cataluña del seiscientos: había una sólida clase campesina, en parte nacida de la sentencia de Guadalupe, y una burguesía urbana que, tras haber perdido el dominio comercial del Mediterráneo comenzaba a barruntar las posibilidades que encerraba el comercio atlántico. Este panorama tan rico, tan complejo, sobre todo si se piensa que era protagonizado por menos de medio millón de habitantes, es el que describió Elliott de forma magistral como introducción necesaria al entendimiento de la Guerra de los Segadores.

Siguieron años de tranquilo trabajo durante los cuales el profesor Elliott cambió su cátedra de Cambridge por el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton; su determinación de ampliar su objetivo inicial hasta abarcar toda la época del Conde Duque se iba concretando en trabajos preparatorios de los que el más ambicioso fue la edición realizada con la colaboración de Juan Francisco de la Peña, de los *Memoriales* del Conde Duque. Ellos nos descubrieron facetas desconocidas de aquel hombre, su talante muy progresista en algunos aspectos, por ejemplo, su aversión a los estatutos de limpieza de sangre, su deseo de fomentar la vocación mercantil de los españoles, su propósito de convertir la nobleza en una clase útil para el Estado. Todo un programa de reformas que quedó abandonado por las urgencias de la política exterior.

Luego aparece un libro que enfoca la sociedad española desde un ángulo completamente opuesto a *La revolución de los catalanes*. Me refiero a *Un palacio para un rey*, publicada con la colaboración de Jonathan Brown, uno de los mejores conocedores de nuestro Arte del Gran Siglo. La «Revolución» enfocaba una región periférica: este libro, el centro histórico, político y hasta geográfico de la comunidad peninsular. Aquel trataba de una sociedad dura y áspera; este describe un microcosmos cosmopolita y refinado: la Corte de los Austrias que era, a la vez, la morada real, el centro neurálgico del más grande Imperio, el máximo emblema del poder real absoluto y una abigarrada, aunque también muy ordenada y jerarquizada mezcla en la que estaban representados todos los estratos sociales: desde los grandes de España a los pinches de cocina y los mozos de cuadra; desde las cumbres de la inteligencia a los pobres desechos hu-

manos cuyas lacras servían para diversión de los palacios. Si para la historia del arte español este libro es de gran valor, no lo tiene menos para el historiador social; anotemos, por ejemplo, los datos que contiene acerca del coleccionismo fomentado entre la aristocracia palatina por el ejemplo del fervoroso amor de Felipe IV a las artes plásticas. En 1626, pocos años antes de la inauguración del palacio del Buen Retiro, el cardenal Barberini legado *a latere* de Urbano VIII, había anotado en su diario de viaje que pocas de las nobles mansiones madrileñas que había visitado encerraban tesoros artísticos de consideración. Compárese con la situación pocos años después, tal como la describen Elliott y J. Brown, con datos precisos sobre el afán coleccionista de Leganés, Monterrey, Haro y otros magnates cuyas moradas eran verdaderos museos.

La culminación de esta larga tarea es el libro que hoy se presenta al público de habla hispana. Hay en él amplios motivos de reflexión para el psicólogo, el sociólogo, el historiador, para todos los que se interesen por el hombre y los productos de la cultura humana. A través de sus páginas discurren relatos paralelos, aunque conectados entre sí; se nos revela la estructura imponente y a la vez frágil del Imperio. Conocemos a los hombres responsables de la marcha de tan complicada maquinaria. Asistimos a las vacilaciones, dudas y decepciones de los encargados de su funcionamiento. El rey, su valido, sus íntimos consejeros aparecen a plena luz; en segundo plano los meros ejecutores, los militares, los funcionarios subalternos. Vemos a los nobles y eclesiásticos vacilantes entre sus ideales y su interés personal, entre el acatamiento a las órdenes reales y la defensa de sus privilegios. Y muy lejos, en una penumbra borrosa, las masas populares, víctimas de una política que no entienden, a quienes se piden unos sacrificios para los que no están motivados. No es un coro de voces concertadas, sino una confusa algarabía en la que se mezclan las oraciones y los lamentos con los gritos de júbilo, porque aquella masa humana tan castigada por desdichas de todo orden estaba animada por una intensa vitalidad, y las relaciones de fiestas que nos han llegado son tan numerosas como las relaciones de sucesos adversos: piraterías, batallas, crueles epidemias. Al timón de este navío asediado por el oleaje, dos hombres: Felipe IV, el Felipe IV de Machado, «cortesano y pulido»,

imposible en apariencia, combatido interiormente por pasiones y dolores. Y D. Gaspar de Guzmán, ciclotímico expansivo, que está tentado más de una vez a abandonar la partida, y cuando se le ordena que la abandone se resiste. De todas formas, él puede marcharse; el rey, no, porque más que una persona es un símbolo y tendrá que seguir dirigiendo el navío hasta que el corazón se le rompa.

Una última observación acerca de la biografía del Conde Duque. Elliott dedica mucho espacio a los afanes reformistas de D. Gaspar. No ve en él meramente al ejecutor de una política de prestigio, de *grandeur*, que necesariamente tenía que producir interminables guerras. Quizás lo que en su interior deseaba con más ardor era modificar la estructura interna del Estado y remediar los vicios de la sociedad española. Por mi cuenta me atrevo a conjeturar que tal vez el empeño del rey de emular a sus gloriosos abuelos, de no perder reputación, de conservar intactos los dominios heredados, le obligó a primar la política internacional y abandonar aquellos planes de reforma que, por otra parte, no eran nuevos. En efecto, ningún país había producido una literatura tan abundante de memoriales, planes y proyectos, desde las ocurrencias disparatadas del mero *arbitrista* a las obras de pensadores de primera categoría.

Estos planes de reforma revelan un alto grado de autoconciencia de los males de la nación que se concretó en la formación de una Junta especial en los últimos años del reinado de Felipe III. Felipe IV y su favorito retomaron estos proyectos que, tras una consulta a las ciudades de voto en Cortes, plasmaron en los *capítulos de reforma* promulgados como leyes del Reino en 1623. Su examen revela cuáles eran los principales motivos de preocupación de aquellos hombres. Uno de ellos era la despoblación, que se pretendía combatir con privilegios a las familias numerosas y ayudas al establecimiento de inmigrantes extranjeros que pudieran introducir nuevas técnicas industriales. La aglomeración de gente en ciertas grandes ciudades se consideraba un mal; el problema era grave, en especial el crecimiento de Madrid, que se hacía en detrimento de Toledo, Avila y otras ciudades en franco proceso de decadencia; nadie debería establecerse de nuevo en la Corte sin justificación y licencia real. Había que fomentar la población industrial, el artesanado, los campesinos; se reduciría el nú-